

7

Segunda Adición al Catálogo de 1.º de Enero de 1880.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.		ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
2	1	1	D.ª Camila Calderon...	Todo.
12	3	1	D. Tomás Luceño.....	»
		1	Francisco Macarro ..	»
		1	Julio Ruiz.....	»
4	»	1	Pedro Escamilla....	»
3	2	1	F. Flores García....	»
		1	F. Flores García....	»
2	3	1	J. Moreno Castelló..	»
4	2	1	F. Flores García....	»
4	1	1	F. Flores García....	»
2	2	1	Juan M. Eguilaz....	»
4	2	1	Juan M. Eguilaz....	»
4	2	1	José Estremera.....	»
2	2	1	Ramon de Marsal....	»
4	2	1	F. Flores García....	»
3	1	1	Juan M. Eguilaz....	»
3	3	1	F. Flores García....	»
5	1	1	F. Flores García....	»
»	1	1	F. Flores García....	»
3	4	1	M. Pina Domínguez.	»
5	2	1	Srea. Schez. Castilla y G. de Cádiz.....	»
3	2	1	F. Flores García....	»
		1	Francisco Macarro...	»
3	2	1	J. M. Castelló.....	»
2	3	1	E. Sanchez Castilla..	»
		1	Pascual de Alba.....	»
		1	Tomás Luceño.....	»
		1	Eduardo Aulés.....	»
8	4	2	Flores Garc.ª y Romea	»
6	3	2	Luis Oneca.....	»
6	»	2	Manuel Ramos.....	»
3	4	2	F. Flores García....	»
3	1	2	F. Flores García....	»
2	2	2	José Estremera.....	»
3	4	3	Adelardo L. Ayala...	»
7	3	3	Adelardo L. Ayala...	»
4	2	3	Adelardo L. Ayala...	»
6	3	3	Adelardo L. Ayala..	»
7	3	3	Adelardo L. Ayala...	»
4	3	3	Luis Oneca.....	»

C3117

LA ÚLTIMA CARTA,

MONÓLOGO

EN UN ACTO EN PROSA Y VERSO,

ORIGINAL DE

FRANCISCO FLORES GARCIA.

Escrito expresamente para la eminente actriz Doña Balbina Valverde,
y representado por primera vez el 11 de Noviembre de 1881 en el
TEATRO-LAHA.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.— CALVARIO, 18.

1884.

R.13928

PERSONAJE.

ARTISTA.

INÉS..... DOÑA BALBINA VALVERDE.

La acción en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Littero-Dramática de DON EDUARDO HIBALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que prescribe la ley.

SEÑORA DOÑA BALBINA VALVERDE.

Mi distinguida amiga: aunque me han dicho que tiene usted la costumbre (costumbre que no sé cómo calificar) de sacar partido de las cartas que la escriben, leyéndolas y comentándolas ante un público tan numeroso como el que concurre al *Teatro-Lara*, no he vacilado en dirigirle la presente, que tiene por objeto hacer á usted una pregunta y pedirla un favor.

Y voy á la pregunta.

¿Cómo demontre se las arregla usted para tener tanto talento y tanta gracia, poseyendo como nadie el secreto del éxito?

No hago esta pregunta á humo de pajas. Me explicaré.

Una señora amiga mia tiene una niña (muy bonita por cierto) que piensa dedicarse al teatro: yo me intereso (con buen fin) por la suerte de esa jóven, y esta es la razon de mi pregunta. Con la contestacion de usted hare una receta, se la entregaré á la jóven mencionada y la diré lo siguiente:—Anda, hija, (lo de hija es una figura retórica) ya puedes lanzarte cuando quieras, que tú reinarás sobre la escena, no por el sistema constitucional ó democrático (que eso casi no es reinar), sino de manera absoluta, por derecho propio, por derecho divino;— que si algo de la divinidad se agita en el cerebro humano, es la inspiracion del artista que esclaviza y sujeta á la multitud con cadenas de oro.

Espéro la respuesta y paso á ocuparme del último punto.

Después de oírle á usted este monólogo y de ver la riqueza de detalles con que lo ha adornado, páreceme

deber ineludible consignar aquí, y lo hago con gusto, que á su labor primorosa se debe principalmente el éxito brillante que ha obtenido.

Al dedicarle, pues, esta obra, cumplo un deber de gratitud.

Hágame usted el favor de aceptarla como sencilla muestra de lo mucho que la estima su amigo y admirador

q. d. s. p.

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

ACTO ÚNICO.

Gabinete ricamente amueblado. Un tocador de señora, muy lujoso, á la izquierda en primer término. Velador en el centro. Decoración cerrada. Una puerta en el fondo. Un *secretaire* á la derecha; encima un reloj y encima un espejo.

ESCENA ÚNICA.

INES, junto á la puerta figurando que habla con una persona que se sienta dentro.

Bueno, vaya usted con Dios, y hasta mañana á la misma hora. No olvide lo que la he dicho: me parece que está usted en decadencia, y lo sentiría mucho, por usted sobre todo: tendría que prescindir de sus servicios. ¡Ea, vaya usted con Dios! (Se sienta al tocador para acabar de arreglarse.)

Casi casi me resulto. No obstante, aunque el peinado está un poco alto, creo que la peinadora no ha estado á la altura de su misión: se me ha metido en la cabeza que esa artista comienza á decaer, y el peinado de hoy lo atestigua.

Hoy que tengo más empeño que nunca en aparecer hermosa!... Digo...—Creí que estaba sola y que podría hablar con libertad completa.

Y ¿por qué no lo he de decir? ¿Es un delito por ventura? Sí: voy con premeditacion y alevosía: deseo aparecer más hermosa que nunca, á ver si ese hombre se acaba de decidir y termina *esto* trágicamente, esto es, ofreciéndome su blanca mano... que es algo morena, pero que es mano al fin.

¡La hermosura!... ¡Cuán fugaz es la hermosura, segun dicen los poetas! ¡Y qué afan de dar malas noticias tienen esos caballeros!... ¡Ah! pero no es tan fugaz como ellos dicen.—Yo, por ejemplo, tengo ya... (Transicion.)—¡Torpe de mí! ¡pues no iba á decir los años que tengo! —Aún hablan lo sola, seria una falta de educacion hablar de la edad.—(Mirándose al espejo.)

La verdad es que me defiendo muy bien. ¡Vaya si me defiendo! Y en *esta edad* es cuando una procura defenderse más. (Asustada y fijándose en el espejo.)

¿Eh? ¡Dios mio! ¿qué veo? ¡Una canal

¡Imprudente!... (Se la arranca.)

Pero no, me he alarmado sin razon, es un cabello rubio, como dice un amigo mio que tambien procura defenderse. (Se levanta y va á mirar el reloj.)

¡Qué despacio anda este reloj! Faltan lo ménos tres horas para la hora de la tertulia... (Pausa brevísima.) ¿Llamo á la doncella para que me vista? No: es demasia lo temprano y el traje resultaria arrugado en el momento oportuno. Hay que precaverlo todo.

¡Tengo una impaciencia!... Y se explica. Las de Martinez reciben los jueves, su tertulia es de confianza, y, valido de la confianza que alli reina, el brigadier Hortiga me hace el amor. ¡Y de qué manera tan original se me declaró!... Es un buen partido, por más que las cuestiones de partido le han dado mucho que hacer. Al separarnos el jueves anterior, me dijo con cierta *insordinada* sonrisa y dando vista á la derecha: ¡El jue-

ves próximo habrá novedades! —Esto, en boca de un militar, es muy significativo. (Transición.)

Á no ser por el brigadier habría dejado de concurrir á esa tertulia. Porque se trata de una tertulia *cursei*, compuesta de tipos extravagantes en su mayoría, empezando por las señoras de la casa.

¡Las de Martínez!... ¿Qué fue el señor de Martínez? Ellas dicen que banquero. (Con intención.) Es posible... hasta cierto punto. ¿De qué viven esas señoras? Nadie lo sabe; pues aunque alguien dirá que viven de lo que comen, eso no es decir nada. Si hemos de juzgar por el menaje de la casa, yo apostaría á que comen mal. Dicen que tienen una pensión. ¿Á saber qué pensión será esa... ó si lo serán ellas para alguien! .. De *petroleras* han sido calificadas... porque alumbran su casa con petróleo hasta en las noches de *reception*.

El género masculino, salvo algunas excepciones, no está allí mal representado. Verdad que yo soy al revés de todas las mujeres: no hablo mal de los hombres. Conmigo se han portado bien, y creo que son buenos. Hay muchas mujeres que piensan como yo y que dicen lo contrario por hipocresía... ó por otras razones.

Exceptúo, sin embargo, de la regla general á don Nicomedes y á don Hipólito. El primero me ha dicho —aunque en broma— que soy una *viuda verde*, y el segundo me ha llamado *mujer madura*. Vaya usted á poner de acuerdo á estos dos hombres!

El don Nicomedes ya sé yo por qué me ha dicho eso; porque al pretenderme le dije: «¡Están verdes, amigo mío!» En cuanto al otro... le dije otra cosa peor, cosa que me reservo si ustedes no lo llevan á mal.

Pero los tipos más deliciosos de la tertulia son doña Teresita y su marido. Trataban la otra noche del casamiento de su hija,—una niña sosa y enclenque, que parece un palomino atontado—y daba gozo para oírlos.

—¡Se casará con el marino!—gritaba irritado el amoroso padre.

—Un marino es poco para nuestra hija,— replicaba la madre no ménos irritada ni ménos amorosa.

—¿Cómo que es poco? Pues ¿qué quieres que sea más que un marino?

—Un ultra-marino! —añadió la buena señora Este rasgo de ingenio fué saludado con una estrepitosa carcajada de la concurrencia.

Esa misma señora dice que toma el café *ídicitamente*, porque lo toma en taza, y que no va nunca escotada porque en sociedad le gusta guardar *las formas*.

¡Pues y Adela, con su ojo de cristal! Pensando que nadie está en el secreto, todo se la vuelve decir: «Á mi ninguno me engaña, conozco las personas á primera vista, *tengo muy buen ojo!*» —Y cuando dice esto, no sabe una á qué ojo se refiere, si al de cristal como obra de arte, ó al verdadero como obra de la naturaleza. —Su amante, que no sabe lo del ojo —porque los amantes no saben nada de lo que deben saber— la está diciendo constantemente: «¡Me abraso en *tus* pupilas!» — En *tu* pupila, debía decir, y diría la verdad.

Y á propósito: la pupila de don Estanislao tambien es un tipo, aunque de otro género. Parece que nunca ha roto un plato: tan modosita, tan mojigata... No se atreve á levantar la vista del suelo, y cree que nadie sabe sus historias con *su primo*, y sus... —Pero todo se sabe en el mundo.

¡Pues y doña Paquita! No he visto mujer más insoportable. Usa quevelos sin necesitarlos — porque tiene una vista de lince — y quiere pasar por literata... cuando ni siquiera debía pasar por la calle: tal es su fealdad. Dice que nunca ha dado á nadie una cita, y constantemente está citando autores nacionales y extranjeros. ¿Conoce usted á Dumas? ¿Y á Balzac? ¿Y á Girardin? ¿Y á Lope? ¿Y á Moreto? — Á esto se reduce toda la conversacion de doña Paquita. Yo ya he tomado mi partido para que me deje en paz. La he dicho: «Es inútil que me pregunte usted por esos caballeros: no me trato con

nadie.»

¡Y doña Toribia, que quiere que la llamen marquesa porque su esposo es Marqués... de apellido!... Se parece á mi portera: dice que su marido es un hombre *de orden*, porque es guardia de orden público!

Doña Leoncia y sus dos sobrinas tambien me divierten mucho. ¿Será verdad lo que se dice de ellas? ¡Plis! No sería extraño, y cuando el río suena... ¡Pues y las del!... (Transición.)—No acabaría nunca si fuese á pasar revista á todos los tipos de la tertulia de confianza de las de Martínez.—Y cuidado que á mí no me gusta murmurar de nadie!... ¡Libreme Dios!... Pero hay ciertas cosas que ¡vamos! harían hablar al mismísimo convidado de piedra si á tal reunion fuese convidado!... ¡Vaya!... (Se sienta. Pausa concupiente.)

Siempre he odiado la murmuracion. (Dirigiendo la vista hácia el reloj.)

No sé si será aprension^a mia; pero creo que ese reloj no anda. (Se levanta y aplica el oido al reloj.)

Si anda, pero anda poco con relacion á mi deseo.— ¡Es que tengo una imaginacion que corre mucho.—¿En qué voy á pasar el tiempo? Me voy á aburrir soberanamente. (Queda pensativa.—Pausa corta.)

¡Ah, qué ideal! Ya tengo para rato. Voy á leer una vez más algunas de las cartas que me han dirigido en el trascurso de mi vida. Esto me ha divertido mucho otras veces. (Saca del *secrétaire* una cajita de madera, que coloca en la mesa del centro. Abre dicha caja y se sienta junto á la mesa.)

¡Ay!... El amor es una tontería sublime que influye en las cosas más sérias de la vida, determina el destino de las criaturas y hasta sirve en ocasiones para alcanzar destinos del Gobierno: digalo si no...—Pero basta de murmuraciones.

Mi vida, por lo que respecta al amor, puede dividirse en tres épocas, mejor dicho, en tres campañas. Tan persuadida estoy de ello, que he dividido mi correspon-

dencia amorosa, despues de clasificarla, en tres paquetes, cada uno de los cuales viene á determinar un período histórico. Hélos aquí. (Saca un paquete de la caja.)

Primera campaña: es decir, estado de soltera, ó lo que es igual, estado primitivo, infancia del linaje humano,—como diría un literato de esos que todo lo hacen con frases hechas. (Saca otro paquete.)

Segunda campaña: estado perfecto, aunque singular, esto es, casada; ó como si digéramos, inauguracion del sistema representativo —En esta época tambien he recibido billetes amorosos, aunque como supondrán ustedes, piadosamente pensando, ni los he contestado ni he tenido la culpa de que me los escriban. (Saca otro paquete.)

Tercera campaña: estado excepcional y suspension de garantías *constitucionales*, ó lo que es lo mismo, estado de viuda, el momento histórico más *accidentado* de mi vida; mas á lo que parece pronto voy á cerrar esta campaña; pues aunque el brigadier está de cuartel, no creo que eso sea inconveniente para entrar en *accion*. ¡Sería una accion heroica!

Repasemos estas campañas es decir, estas cartas... y matemos el tiempo de un modo agradable. Esta es la poesia del recuerdo, como dicen los poetas insufribles, ó lo que es lo mismo, sentimentales.

De cada amante he guardado una sola carta. Como el estilo es el hombre, y el hombre enamorado siempre dice lo mismo, una carta es el resumen de todas. (Desata el primer paquete y abre una carta.)

«Amada mia: como tu madre no se separa un punto de nosotros, me veo en la necesidad de escribirte para hacerte dos advertencias. Cuando nos sentamos al rededor de la camilla, al amor de la lumbre y á nuestro propio amor, siempre dá la pícara casualidad de que te sientas á mi derecha... y esto no puede seguir así: en primer lugar, porque del derecho soy un poco *teniente*, y despues porque tengo malo el pie derecho y estoy

»toda la noche viendo las estrellas... además de verte á
»tí. Por lo cual...» (Doblando la carta. Hablado.)

Por lo cual le di calabazas. ¡Ser, ó no ser! él no era
mas que un poco *teniente*, y eso era poco para mí. Luego,
me ofendía al suponer que yo le pisaba el pie, y pro-
testo que, si alguna vez ocurrió, le pisé de pura dis-
trahida, lo pueden ustedes creer. (Abre otra carta.)

«Inés de mi alma: tu amor ó la muerte. Este es mi
»lema y mi tema. Si algun día me falta tu amor, me sui-
»cidaré ó me moriré de pena.—Andrés Cienfuegos.»
(Hablado.)

El otro día lo ví: disfruta de una salud insolente, y es
en la actualidad uno de los hombres más gordos de Ma-
drid.. con perdon sea dicho, á pesar de haberle faltado
mi amor. (Dobla la carta y abre otra.)

¿Versitos? Veamos lo que dicen estos renglones cor-
tos... si dicen algo.

(Leyendo.) «Tienes dientes de marfil,

»tienes labios de coral,

»tienes frente de azucena...»

(Hablado.) ¡Pues no puedo tener más!

(Leyendo.) «Y mejillas de amapola...»

(Deja la carta, se levanta y va al espejo.)

La verdad es que yo tenía entonces muy buenos co-
lores.—No, y todavía me parece que...—¡No me pueda
quejar!—¡Y cuidado que no estoy pintada! Aquello de:
«Se pinta sola.» no se ha dicho por mí, seguramente.
(Vuelve á sentarse y abre la carta.)

Esta también está en verso. Por aquella época *se soltó*
mucho gente á escribir.

(Leyendo.) «Doña Inés del alma mía.»

(Hablado.) Aunque este verso se lo encontré hecho, en
rigor no puede decirse que es plágio. ¿No se dirige á
mí? ¿No me llamo yo Inés? (Reanudando la lectura.)

«Doña Inés del alma mía:

»tema que tu amante toma,

»y no lo tomes á broma

que hablo con formalidad.
«Si á ver llegas estas letras,
oy es fácil, si tienes ojos,
considera los enojos
que me hace tu amor pasar.
»Empleados en consumos
»nuestros padres, acordaron,
»un día que se juntaron
»en paz y en gracia de Dios,
»nuestra boda. Desde entónces
»solamente se me alcanza
»llevar á punta de lanza
»esta dicha de los dos.
»Soy, estando en mi derecho,
»hombre de chispa... ligera,
»y de la propia manera
»soy muy terco y muy tenaz...»

(Hablando.) Et cetera. Así continúa hasta aquello de:
«Manda, que á todo se atreve.» Y la verdad es que siem-
pre dió pruebas de atrevido. La carta es una parálisis...
digo, paráfrasis, bastante bien hecha. Con el tiempo se
traducirá al castellano. (Abre otra carta.)

Esta es demasiado tonta para distraerme. (La deja y
abre otra.)

(Leyendo.) «¿O herrar ó quitar el banco!»

(Hablando.) «¿Á quién quería herrar este salvaje? ¡Porque
hay que tener en cuenta que era herrador...»

Pasemos á la segunda campaña. ¡Cuanto batallan
algunas mujeres por dar este paso!.. (Desata el segundo
paquete y abre una carta.)

«Señora: tenga usted la bondad de compararme con
su marido y verá la distancia que nos separa.»

(Hablando.) Siete leguas: me escribía desde Aranjuez.

(Leyendo.) «Las comparaciones son odiosas; pero us-
ted sabrá como yo que en la comparación pierde el
marido. Son palabras de Espronceda que, á lo que pa-
rece, lo entendía. Por consecuencia...»

(Hablando.) No llegué á la comparacion por aquello de que no es prudente jugar con el fuego. Mi marido se llamaba Constante, lo era en efecto, y yo debía corresponder á su constancia... ¡Y correspondí! (Abre otra carta.)

«Ya es tiempo de que usted lo sepa todo. Su marido la engaña. ¡Parece mentira, pero no lo es!...»

(Hablando.) Esto creo que pertenece al género lírico.

(Leyendo.) «Recordará usted que él mismo ha dicho muchas veces que en ciertos asuntos camina con inocencia. Pues bien, Inocencia es una costurera de la calle del Cármen.»

(Hablando.) Con efecto, lo averigüé, y resultó que Inocencia era prima de mi esposo; lo cual me tranquilizó, porque entre primos...

(Reanudando la lectura.) «Creo llegado el momento de la venganza: *debemos* vengarnos del hombre que tan mal use porta con usted.» (Doblando la carta.)

¡Valiente tuno! Es de advertir que este *caballero* era amigo íntimo de mi esposo. ¡Qué amigos suelen tener los maridos!... (Abre otra carta.)

«Señora doña Inés: odio á su esposo. ¡Qué suerte tienen algunas personas!... Los dos no cabemos ya en este mundo.»

(Hablando.) Poco despues cumplió su palabra, marchándose al otro mundo, al nuevo, es decir, á América. Hizo perfectamente. (Abre otra carta.)

«Señora: ¿por qué existen las conveniencias sociales y los lazos indisolubles? ¡No puedo con ciertas cosas! Tampoco puedo verla á usted, porque siempre que la veo me pongo colorado y amarillo.»

(Hablando.) Vamos, este hombre ponía cara de bandera española: era un amor patriótico. ¡Tiene gracia!... Aquí también podía decirse aquello de: ¡Amarillo sí, amarillo no!... ¡Já!... ¡jál!... ¡jál!...

(Desatando el tercer paquete.) Pasemos á la tercera campaña. La transicion es brusca y dolorosa, sobre todo tratándose de una mujer tan sensible como yo. ¡Pobre Cons-

tante!...—Y cuidado que no le llamo pobre en sentido irónico; pero no puedo ménos de llamárselo.. (Abre una carta.)

«Mi respetable amiga: he sentido muchísimo su desgracia. ¡Qué lastima! ¡Tan jóven y ya tan viudal... Yo le ofrezco mis consuelos. Y hasta he de permitirme aconsejarla que viva sola: el trato frecuente con la familia del finado hará eterno su dolor. La soledad es un gran consuelo para las almas grandes.» (Doblando la carta.)

Á este *desinteresado* y *en* amigo, le contesté con una sola frase: «¡Te veo!» Y se dió por convencido. (Abre otra carta.)

«Señora: aunque sea curiosidad, ¿se acuerda usted mucho del difunto?»

(Hablando.) ¡Vaya una salida de tono!

(Reanudando la lectura.) «Es decir, no lo pregunto por curiosidad, sino porque, hombre pacífico, no me gusta luchar ni siquiera con los recuerdos. Cuando usted conteste mi pregunta, entraremos en otros detalles.»

(Hablando.) Todavía está esperando la contestacion. Y la esperará sin impaciencia. ¡Se trata de un empleado en Estancadas!... (Abre otra carta.)

Esta es la carta más original que he recibido. (Leyendo.)

«Muy señora mía y mi dueña:»

(Hablando.) Me parece pronto para llamarme dueña!...

(Leyendo.) «Yo soy hombre de espíritu superior y además espiritista; ahora me ha dado por ahí. Creo que usted tiene condiciones de *medium* y voy á pedirle un favor especial. Concédame usted una entrevista á solas...»

(Hablando.) ¡Caracoles, con el espiritista *superior!*...

(Reanudando la lectura.) «Una entrevista á solas, é involuquemos el espíritu de su esposo. Necesito — para acabar de enamorarme de usted — que él me diga si volvería á casarse, caso de volver á este mundo, cosa desta última que me parece un poco difícil.» (Dobla la

carta.)

No, pues no era tonto este hombre. Yo no tuve valor para sometarme á esa prueba, le temí á la *probable* franqueza del muerto y le di un quiebro al asunto.

(Abre otra carta.)

Esta no la leo porque nunca la he podido entender. El autor tenía el *privilegio* de entenderlo y de expresarlo todo al revés. Baste apuntar que este caballero ponía visillos verdes en los cristales de sus balcones para *modular* la luz, según decía. Conque me parece que para muestra...

(Abre otra carta.) Esta tampoco la puedo leer... por el motivo contrario, es decir, por sobra de caridad: éste nose andaba por las ramas; bien es verdad que tampoco hubiera podido: era cojol...

Desde que enviudé no me ha salido ninguna proporción como el brigadier Hortiga. Y aunque su carácter es ágrío como un limón, no tengo duda de que es mi media naranja. (Se levanta y vuelve á mirar el reloj.)

¿Será ya hora de vestirme? Aún es temprano... y no quiero leer más cartas. ¿Qué hago? (Pausa brevísima.)

¡Ah! otra ideal... Volveré á repasar la poesía que he de recitar esta noche en la tertulia. ¡Hasta en eso es *curioso* la reunión! La poesía está escrita, con peligrosa facilidad, por un poeta casero y *retrasado*; se intitula *El raptó de Filis*... digo, el *raptó*!... Aunque bien pudiera... Pero yo no debo enmendarle la plana al autor. ¡Vaya un titulejo!—Aquí debo tener el manuscrito. (Abre un cajón de su tocador y saca un papel.)

En mis buenos tiempos he representado yo á la perfección *La vida es sueño*... y siempre acababan los espectadores por dormirse.

Esto creo que lo sé de memoria... y de entendimiento. Vamos á ver. (Declamando con énfasis.)

«El raptó de Filis!...

La inocencia en los amores.
la virtud, la poesía,

sólo se hallan en el día
entre sencillos pastores;
que en los valles y en las cumbres
donde estas criaturas viven,
de otro modo se conciben
las leyes y las costumbres.

—
Con puro afán candoroso
que dulce ventura sella,
amaba á Filis la bella
el sensible Nemoroso.
Aquel afecto sencillo
se había desarrollado
en un valle tapizado
por la grama y el tomillo.
El padre de la pastora
—que también era pastor —
rechazaba tal amor
con fuerza avasalladora.
Era la aldea un infierno:
el buen viejo se oponía
porque de hacienda tenía
más que su futuro yerno.
No era una razón quizás;
mas se hacía obedecer
tan sólo por poseer
catorce carneros más.
Y amores tan verdaderos
no hallaban la solución
por una *simple* cuestión,
una cuestión de carneros
No sé si antes ó después
se dijo que aquellas gentes,
mintiendo, paraban mientes
en cuestiones de interés;
y aunque no pudo afirmarse,
supuso algún malicioso

que el rendido Nemoroso
quería *redondearse*.

Y esto, lector, por mas que no lo creas,
prueba el *desinterés* de las aldeas.

Resuelto aquel padre hurano
á que el novio no la viera,
dispuso que no saliera
la pastora del rebaño.
Con el más puro candor,
fue—por evitar dolores—
tercero de estos amores
un aprendiz de pastor.
Porque al sujetar con traba
la ciega fatalidad,
es ley de la humanidad:
lo que se empieza, se acaba.
El novio no era un bodoque,
y, comprendiendo el busilis,
pidióle una cita á Filis
debajo de un alcornoque.
Ella no pudo en conciencia
negarse. ¿Qué mal hacia
si en todo se conducia
con la mayor inocencia?
Con amante frenesí
él la expuso su querella,
y la tímida doncella
á todo dijo que sí
Y convinieron los dos
que, para poder casarse,
ora preciso escaparse
por esos mundos de Dios.
Él sabía de memoria,
según á Filis decía,
que el padre consentiria
después de la escapatória.

Y probaba el pastor con sus ideas
la *inocencia* que reina en las aldeas.

Trazados de cabo á rabo
los planes de aquel dealiz,
con éxito muy feliz
la fuga se llevó á cabo.

(Con naturalidad cómica.)

Aquí, dos líneas de puntos;
es regla clara y precisa:
conviene pasar de prisa
sobre esta clase de asuntos.

(Volviendo al tono anterior.)

Una mañana de Abril,
con la dicha en el semblante,
iba la pareja amante
por el ameno pensil.

Vencido el destino ingrato
con una de tomo y lomo,
¡iban tan tranquilos! ¡como
si no hubieran roto un plato!

Eran viviente reflejo
de la más pura inocencia
al volver á la presencia
del pobre irritado viejo.

Éste se avino á razones
por evitar sus oprobios,
y aquellos cándidos novios
lograron sus pretensiones.

Y todo volvió á su ser
—que así todo se remedia —

y principió la comedia
entre marido y mujer

Al finar sus desvarios
gozaron dichas suaves,
y hasta *trinaron* las aves

y *murmuraron* los ríos!...

¡Es claro! ¿no habían de murmurar después de lo que vieron?—El idilio es conmovedor y están fielmente pintadas las sencillas costumbres de la aldea ¡Casi tan sencillas como las de las ciudades!

¡Ea! gracias á Dios ya es hora de vestirme y voy á llamar á mi doncella. (Al ir á tocar un timbre suena dentro una campanilla.)

¿Eh? ¿quién vendrá á esta hora? No espero á nadie... (Se dirige á la puerta del fondo y figura hablar con una persona que se supone dentro.)

Petra, vea usted quien es, y diga á quien sea que ahora no recibo. ¡Ah! si es la cuenta de la modista ó del tapicero, que den una vuelta... el mes que viene —¿Una carta? ¡Venga!... (Baja al proscenio con una carta en la mano.)

La letra parece del brigadier... Es decir... yo no he visto nunca su letra; pero estos caracteres no pertenecen al órden civil, revelan cierta graduacion... —¿Estarán aquí las novelas de que me habló el jueves pasado? ¿Dará aquí la última prueba de valor? Pero ¿qué me detiene? (Rompe el silencio.)

Á ver la firma. Si, aquí está la Hortiga. ¡No me equivoqué!

(Leyendo.) «Mi señora doña Inés; recordará usted que la segunda vez que la vi, la dije al oído: «Señora, si yo le hago á usted gracia, puede usted dar dos pasos al frente.»—Usted se levantó y dió los dos pasos: se acabaron las hostilidades y entramos en un armisticio. »Ya sé yo cómo debía acabar esto; pero el Gobierno lo ha dispuesto de otra manera.»

(Hablando.—Muy alarmada.) ¿Qué dice el brigadier? ¿dónde va á parar este hombre?

(Leyendo.) «El amor es para mi cosa de puro entretenimiento, á la cual me dedico cuando estoy desocupado. Al volver, como vuelvo, al servicio activo, quedan de hecho derogadas nuestras relaciones amorosas.»

(Hablando.—Muy picada.) ¡Aquí no falta más que aquello de: «Quedando muy satisfecho del celo, inteligencia y le-

altad con que lo ha desempeñado!... ¡Es un decreto en toda regla!...

(Resumando la lectura.) «Mañana salgo para Filipinas; y como el mucho equipaje me embaraza y no quiero llevar estorbos, la dejo á usted en depósito mi corazón.—»Estoy á las órdenes... del ministro de la Guerra.— Firmado.—Hortiga.»

(Hablando.—Indignacion cónica.) ¡Qué desengaño, Dios mío!... ¿Quién había de esperar esto de un hombre como él.—¡Yo, que pensaba cerrar esta tercera época de mi vida inaugurando una cuarta campaña, me he quedado á la cuarta pregunta!...

¡Ingrato! ¡Incivil!...—¡Vuelve al servicio activo, y á mí me deja de reemplazo... Porque esto es quedar de reemplazo... sin haber y con clasificación!...—¿Y estos crímenes, no están penados en el Código? ¡No hay justicia en la tierra!...

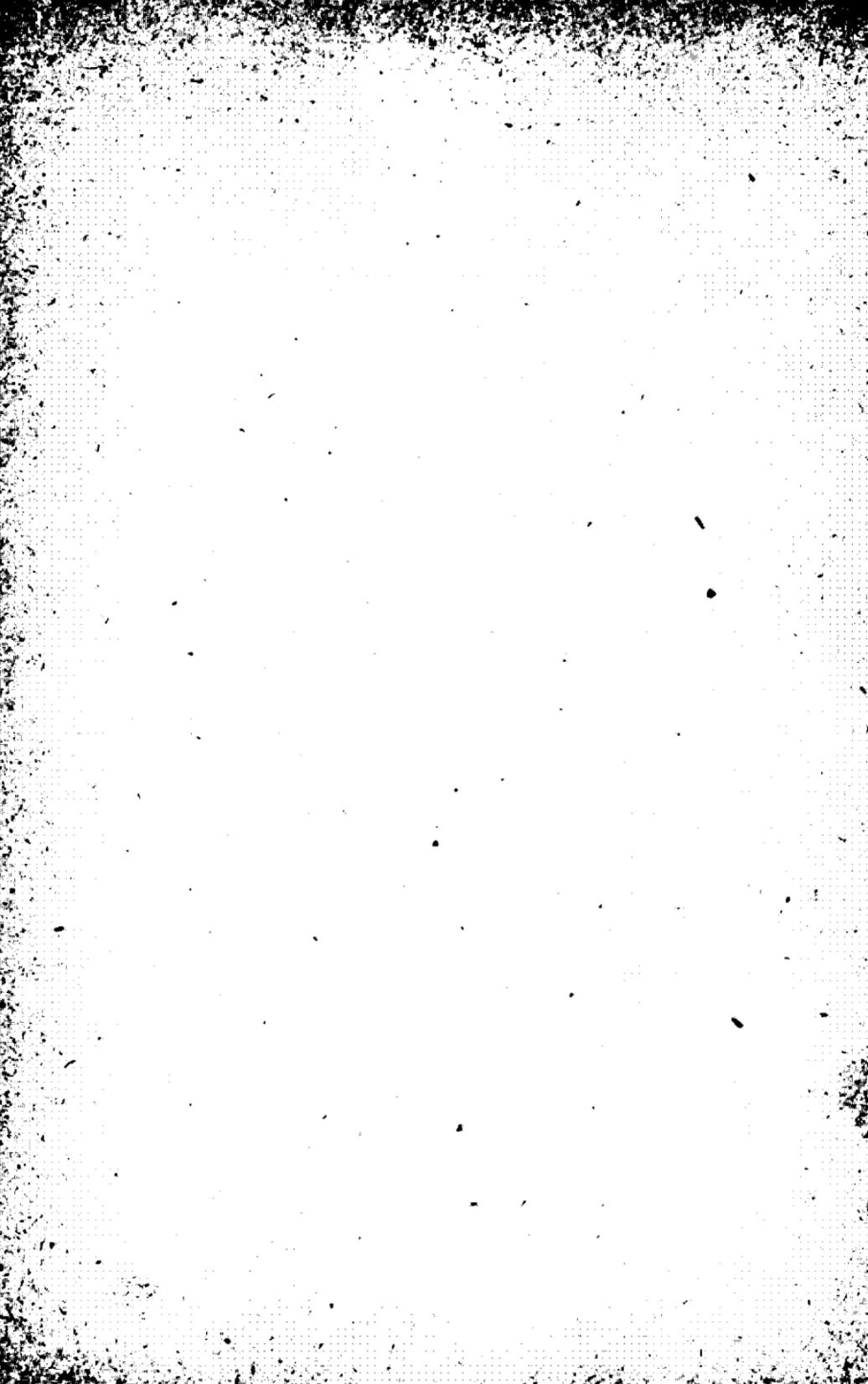
¡Ah!... pero se va á Filipinas, y estoy vengada; ¡volverá *chifado!*... ¡qué sabia es la Providencial!...

(Al público.)

Voy á cambiar de opinion
al opinar sobre el hombre:
él fué en más de una ocasion
santo de mi devocion,
pero *esto* no tiene nombre.
Mas si esta desdicha fera
viene á hacerme tanto daño
por tan extraña manera,
francamente, no quisiera
llevar otro desengaño.
Tú puedes desenojar
á la mujer enojada
por tan rudo militar,
y hasta me puedes vengar...
con una sola palmada.

FIN DEL MONÓLOGO.





TÍTULOS.

ACTOS.

AUTORES.

Parte que
corresponde
á la Galería

			3	D. F.ª Saez de Melgar..	Todo.
			3	D. Emilio Ferrari.....	"
			3	Najac et Hennequin..	"
5	3		3	Valentin Gomez.....	"
			4	Tomás Breton.....	"Música.

ZARZUELAS.

4	3	□	Armas al hombro.....	1	Sres. Pina Dominguez, y Rubio.....	L. y M.
"	"		Bocetos madrileños.....	1	D. J. Muñoz Lucena....	M.
"	"		Bou-Amema.....	1	Tomás Gomez.....	M.
3	1		Cantar á tiempo.....	1	Isidoro Hernandez....	M.
			Contaduría.....	1	E. Sánchez Castilla..	2/3 L.
4	2		El Conjuró.....	1	Adelardo L. Ayala... L.	
"	"		El cometa.....	1	J. Muñoz Lucena... M.	
7	4		El sistema decimal.....	1	P. Sanz de Castro y Gomez.....	L. y M.
2	1		El Tasso, <i>ópera</i>	1	Sres. Aguilera y Pedrell.	L. y M.
			En el viaducto.....	1	Luis Coc. t.....	L.
6	4		La Pattily, Nicolini.....	1	Sres. Cuesta, Criado y Casiano.....	L. y M.
3	4		La serenata, <i>ópereta</i>	1	Estremera y Chapi... L. y M.	
1	"		Misa Zoro, <i>monólogo</i>	1	Cuesta y Espino.... L. y M.	
"	"		Sin los dos.....	1	Sres. Eguilaz y Gomez.. L. y M.	
2	3		Teatro de Madrid.....	1	Alba y Jimenez Leiva. L. y M.	
"	"		Torear por lo fino.....	1	Isidoro Hernandez... M.	
1	2		Trabajar con fruto.....	1	José Olier.....	L.
			Una onza.....	1	Ángel Rubio.....	M.
3	1		Viva el Puerto.....	1	Sres. Eguilaz y Hernand.	L. y M.
			El señor de Cascarrabias....	2	Cristóbal Oudrid ... M.	
5	2		El agente de matrimonios....	3	Adelardo L. Ayala... L.	
12	5		El conde de Castralla.....	3	Adelardo L. Ayala... L.	
7	2		El esclavo.....	3	Allú y Cepeda.....	M.
"	"		Simon Bocanegra, <i>ópera</i>	3	A. G. Gutiérrez.....	L.

OBRAS LITERARIAS.

AUTORES DRAMÁTICOS CONTEMPORÁNEOS.—Edición de lujo.—Han salido los diez primeros cuadernos.—Precio 12 reales en Madrid.

C3